

# EL SEÑOR HUA WEI

ZHANG TIAN-YI

Traducción del chino y notas de

JOHN PAGE

*El Colegio de México*

## INTRODUCCIÓN

"HUA WEI XIAN SHENG" apareció en Chungking en 1943, como parte de una colección titulada *Tres Bosquejos*. Es, por lo tanto, una muestra de lo que podía publicar un escritor de izquierda en el terreno mismo del Kuomintang, la capital republicana, después de concertado el segundo Frente Unido entre el Partido Comunista Chino y el Kuomintang. Aunque los únicos rasgos inspirados en el lema "literatura de defensa nacional" son precisamente los más satíricos, carece este cuento de los elementos de crítica de oposición comunes a la etapa literaria anterior.

Ya no se nos presentan los personajes de otros cuentos de Zhang Tian-yi. No hay policías secretos crueles, ni pequeños funcionarios corruptos, ni las represiones de aquéllos ni los abusos de éstos. La angustia del campesino maltratado por las autoridades y aplastado por una multitud de impuestos también han desaparecido. Los desmanes de las tropas de los caciques militares incorporados al ejército del Kuomintang ceden su lugar a la sátira de los rimbombantes títulos de las organizaciones civiles de resistencia. En vez de militares que se venden a los japoneses, Zhang Tian-yi se burla de la proliferación de comités, asociaciones y sociedades alejados del frente de combate que ocupan tiempo y esfuerzos dignos de mejor causa.

Desde luego la personalidad de Hua Wei es el centro de la sátira. Aparte del personaje casi patológicamente inseguro, universalmente reconocible por entrometido, manipulador,

conflictivo y fantoche, Hua Wei tiene ciertos rasgos auténticamente chinos. Algunos se han tomado del burócrata letrado de la China Imperial y otros del chino ridículamente occidentalizado. Si algunos de estos últimos parecen superficiales y fáciles hay que recordar que completan el cuadro de una actitud que prolongó los privilegios extranjeros en territorio chino durante treinta años después de la revolución de 1911. Las actividades estériles e improductivas, y la vida disoluta escondida detrás de la fachada solemnemente respetable del Sr. Hua Wei recuerdan las peores manifestaciones de sus antecesores burocráticos de la dinastía Qing.<sup>1</sup>

Zhang Tian-yi nació en la provincia de Hunan en 1907, el último de quince hijos. Su familia era letrada y terrateniente y sus antepasados funcionarios locales. El abuelo había servido al gobernador general Zeng Guo-fan en la represión de la rebelión Taiping (1850-1864). Su padre había ganado el segundo grado (chü-jen) en los exámenes imperiales, pero la fortuna de la familia estaba ya tan menguada que a partir de los cinco años Tian-yi seguía a su padre de un lugar a otro. Oyó muchos dialectos que después reprodujo con éxito en sus cuentos. Terminó la secundaria en Hangchow, Chekiang, y en 1924 fue a estudiar a Pequín. De 1925 a 1928 en que aparecieron sus primeros cuentos trabajó de oficinista, militar, periodista y maestro.

Se le ha calificado como el cuentista más brillante de los '30.<sup>2</sup> Los *Tres bosquejos* fueron sus últimos cuentos publicados por un lapso de doce años durante los que luchó contra la tuberculosis.

En los '50 empezó a publicar cuentos para niños y a partir de 1957 fue, durante varios años, director de *Literatura Popular*, uno de los más importantes periódicos literarios chinos.

<sup>1</sup> En el sistema de transliteración Pinyin el símbolo Q. q. equivale a ch. p. e. chiste.

<sup>2</sup> Hsia, C. T. *A history of modern chinese fiction*, Yale, 1961, p. 212.

## EL SR. HUA WEI

YO LE DECÍA, "Señor" Hua Wei, lo cual no le parecía, pues tras una larga serie de vueltas genealógicas había decidido que estábamos emparentados.

"¡Ay, tú, de veras...!", decía, "¿por qué quieres forzosamente el "señor"? Deberías decirme simplemente hermanito Wei, o por lo menos Ah Wei". Después, se puso rápidamente el sombrero.

"Volveremos a hablar otro día si te parece. Siempre es un placer conversar un rato contigo, pero nunca hay tiempo. Hoy el director general Liu tiene un proyecto de trabajo para las horas libres del jefe de distrito, e insiste en que aporte mis puntos de vista. Que yo en lugar de él haga la revisión del documento. Y a las tres hay otra reunión".

Ahí movió la cabeza con una sonrisa amarga del que no tiene alternativa. Aclaró que no le pesaba el esfuerzo, durante una guerra de resistencia todos tenían que incomodarse un poco. Pero... uno debe siempre distribuir bien su tiempo.

"El concejal Wang me ha enviado tres telegramas. Insiste en invitarme a ir a Hankow. Ahí también sesiona la Asamblea General Provincial de Resistencia Cultural, y todas las labores de la guerra de resistencia deben encauzarse para que caminen bien. Por Dios, ¿cómo quiere que me escape?". Enseguida me dio un agitado apretón de manos y subió a su *rickscha* privado.

Siempre llevaba el portafolios de piel debajo del brazo y nunca le faltaba en la mano el grueso bastón, negro y reluciente. En el dedo anular de la mano izquierda llevaba el anillo de matrimonio. Cuando agarraba el puro este dedo se doblaba ligeramente y el meñique se levantaba en alto teniendo el conjunto el aspecto de una orquídea en flor.

En esta ciudad los *rickscha* de alquiler tienen prohibido correr. Paso a paso deben estirar la pierna pisando con fir-

meza como haciendo ejercicio después de comer. Sin embargo, el *rickscha* privado está exceptuado de esta regla.

Ding-dang, ding-dang, ding dang. De un jalón se lanzó hacia adelante. Los *rickscha* de alquiler en el acto cedieron el paso virando a la izquierda; las carretillas se torcieron a un lado precipitadamente; los cargadores, sus dos bultos suspendidos de una caña, se orillaron en el camino, y los peatones huyeron inmediatamente a las tiendas a cada lado de la calle. La campanilla del *rickscha* privado sonaba sin cesar, los rayos de acero de las ruedas brillaban al sol. No hubo tiempo de distinguirlo claramente, pasó fugaz como un relámpago hacia la lejanía. Además, según las estadísticas de algunos altos funcionarios de la guerra de resistencia de por aquí, el *rickscha* privado más veloz era precisamente el del Sr. Hua Wei.

Su tiempo le era sumamente importante. Una vez dijo que "lo que más quisiera sería eliminar la costumbre de dormir en la noche. Quisiera que el día no acabara con las veinticuatro horas. El trabajo de la guerra de resistencia es realmente demasiado". Y en el acto sacó el reloj de bolsillo y le echó una mirada. Su cara musculosa se puso tensa, frunció el entrecejo, y apretó los labios con toda su fuerza. Parecía reunir la energía de todo su cuerpo en la cara. Partió rápidamente, tenía que abrir la reunión de la Sociedad de Asistencia a los Refugiados.

Como siempre, todos los asistentes estaban ya sentados en el recinto esperándolo. Y como también era su costumbre, llegando frente a la puerta, al bajar del *rickscha* dio un último pisotón a la campanilla: ¡ding!

Los camaradas se miraron entre sí, ¡ah!, el Sr. Hua Wei había llegado. Algunos suspiraron, otros lanzaron miradas a la puerta del salón, hubo uno que hasta parecía tener ganas de pleito con los puños cerrados y la cara feroz.

El Sr. Hua Wei entró con ademán grave, paso lento y pesado. Su anterior tensión parecía haberse disipado ante su propia actitud seria y adusta. Se detuvo momentáneamente en la puerta, dejando que todo el mundo lo viera claramente.

Como si quisiera inspirarles fe y confianza a los camaradas, como si quisiera darles cierta garantía, tranquilizarlos respecto a cualquier problema difícil que se les presentara, inclinó repetidas veces la cabeza, sin fijar la vista en ninguno de los presentes, sólo miraba el techo.

Sus gestos tranquilizadores eran para todos sin distinción. Se hizo el silencio en el salón, la reunión estaba por comenzar. Alguien daba vueltas perceptiblemente a unas hojas. El Sr. Hua Wei se sentó ceremoniosamente en un rincón aislado, el más remoto del estrado presidencial. Prefería no tomar la presidencia.

"No puedo presidir su reunión". Gesticulaba con el puro en la mano. "¡Hoy sesiona el Comité Ejecutivo de la Asociación de Resistencia Obrera. Hoy, también, es la conferencia de la Sociedad para la Investigación de la Literatura Popular, y debo estar en la Asociación de Veteranos Heridos, y otras muchas. Ustedes saben que no tengo suficiente tiempo para todo, tal vez podré participar en sus labores unos diez minutos. No puedo presidir, pero propongo al camarada Liu para el puesto". Dicho lo cual esbozó la más leve de las sonrisas, y dio unas palmadas apenas perceptibles.

Durante el informe del presidente el Sr. Hua Wei quemó innumerables fósforos para encender su puro. Después, con el reloj delante de los ojos parecía estar calculando algo.

"¡Moción de orden!" gritó. "Nuestro tiempo es sumamente valioso, desearía que el presidente simplificara y abreviara su informe. Sería de esperarse que lo terminara dentro de los próximos dos minutos". Después de prender otros dos minutos de fósforos, se puso estrepitosamente de pie agitando las manos hacia el presidente todavía en pleno bla-bla-bla.

"Basta, basta. Aunque el presidente no haya terminado su informe yo ya entendí. Y ahora tengo que asistir a otra reunión, así es que permítanme exponerles mi opinión". Se detuvo un momento, y mientras chupaba dos veces el puro abarcó a todo el público de una mirada. "Mi opinión es muy sencilla, consta de dos puntos", se mojó los labios, "número uno, ningún trabajador puede reducir su ritmo de produc-

ción, al contrario, debe intensificarlo. No hay necesidad de abundar en este punto. Todos ustedes son jóvenes llenos de energía, todos saben trabajar con entusiasmo. Les estoy muy agradecido. Pero hay todavía otro punto que ustedes no deben jamás olvidar, y ése es precisamente mi segundo punto”.

De nuevo chupó dos bocanadas de humo, las que expulsó como si fueran de vapor caliente. Y aquí de nuevo prendió un fósforo.

“Este segundo punto es que ustedes, jóvenes trabajadores, deben reconocer una dirección central. Sólo bajo la orientación de esta dirección central podrán realizarse las tareas de la guerra de resistencia. Los jóvenes están llenos de energía, de entusiasmo, pero por falta de comprensión y de experiencia se equivocan fácilmente. Si arriba no hay una dirección central sucederá a menudo que las cosas no se hagan como es debido”.

Echó una mirada a los rostros que lo rodeaban, los músculos de la cara se le agitaron y dibujaron un especie de leve sonrisa; siguió hablando.

“Todos ustedes son jóvenes camaradas y puedo hablarles con franqueza y sin formalidades. Todos queremos llevar a cabo la tarea de resistencia y no hay para qué hablar con ceremonias. Creo que todos ustedes, jóvenes camaradas, han sabido recibir mis sugerencias. Les estoy muy agradecido. Bueno, lo lamento mucho pero debo retirarme”.

Se puso el sombrero, agarró el portafolios, y con la mirada en alto y leves inclinaciones de cabeza, se dirigió hacia la salida, la panza echada para adelante. En la puerta misma algo se le ocurrió y agarró al camarada que hacía de presidente, preguntándole en voz baja, “¿tienen algún problema en sus labores?”.

“Precisamente en el informe que estaba leyendo iba a señalar uno. Nosotros...” El Sr. Hua Wei extendió el índice y picó al presidente en el pecho.

“Mmmm... ya sé, ya sé. No tengo suficiente tiempo para ese tipo de asuntos. Después, cuando tengan todos un plan pensado pueden buscarme en mi casa y lo discutiremos”.

Un joven de pelo largo que había estado sentado al lado del presidente los observaba con atención, y ya no pudiéndose contener, los interrumpió. "El miércoles fuimos a su casa tres veces y nunca estuvo..."

El Sr. Hua Wei le echó una mirada glacial, y con un tono nasal gruñó, "tengo otras cosas que atender", y siguió hablando con el presidente.

"Si no me encuentran en casa también pueden reunirse con Miss Huang. Miss Huang sabe mis puntos de vista y se los puede decir".

Miss Huang era nada menos que su esposa, y siempre que hablaba de ella, la llamaba de esta forma. Después de entregar este dato, por fin partió.

A continuación se presentó a la reunión de la Sociedad para la Investigación de la Literatura Popular. Descubrió que otro ya había inaugurado la sesión y que alguien estaba ya en plena exposición de sus puntos de vista. El Sr. Hua Wei se sentó y se puso a encender el puro. Después, molesto, dio tres palmadas.

"Sr. presidente", llamó en voz alta, "puesto que tengo todavía otra reunión el día de hoy no puedo esperar hasta el final, y ahora tengo una sugerencia que hacerles".

En el acto propuso sus dos puntos: primero, dijo a la concurrencia que todos eran representantes locales de la cultura, que la tarea de los hombres de cultura era muy importante, y que debían trabajar con todo su esfuerzo; segundo que los hombres de cultura debían reconocer una dirección central, que debían solidarizarse, uniéndose bajo la orientación de la dirección central de la Asociación de Resistencia Cultural.

A las 5:45 llegó a la asamblea general de la Asociación de Resistencia Cultural. Esta vez llevaba una sonrisa en la cara y especialmente saludó, inclinando la cabeza, a cada uno de los asistentes.

"Mil perdones, discúlpenme por favor, llego con tres cuartos de hora de retraso".

El presidente le sonrió levemente, y el Sr. Hua Wei to-

davía sonreía y sacaba la lengua como quien se mete en un lío y teme las consecuencias. Miraba a todos lados midiendo la situación hasta que decidió sentarse junto a un hombrerito de bigotes. Puso una cara de grave reserva y grandes acontecimientos y con voz baja preguntó al pequeño bigotudo.

“¿Tomaste tus copas anoche?”.

“No muchas, pero me queda algo de cruda. ¿Y tú?”.

“Yo, pues, no debí haber tomado esas tres copas de lumbre”, contestó con gravedad, “sobre todo tratándose de licor de Fenzhou-fu, ya no me puedo pasar de copas. El director general Liu insistió que bebiera hasta la última gota, ¡ay!, y llegando a casa caí como tronco. Miss Huang quería ir a arreglárselas con Liu; quería una explicación de por qué me había hecho emborracharme. ¡Qué te parece!”.

Dicho esto, rápidamente abrió el portafolios y sacó una hoja de papel, escribió unas palabras y se la hizo llegar al presidente.

“Por favor espere usted un momento”, el presidente, interrumpió al que estaba en pleno uso de la palabra, “el Sr. Hua Wei tiene otras cosas que hacer y tendrá que irse. Ahora tiene unos puntos de vista y suplica que antes se los permitan exponer”.

El Sr. Hua Wei se puso de pie inclinando la cabeza repetidas veces.

“¡Señor Presidente!”, hizo una pequeña reverencia. “¡Señores!”, otra pequeña reverencia. “Hermanos, en primer lugar quiero rogarles me disculpen, llegué un poco tarde y además tengo que retirarme prematuramente”.

Acto seguido empezó a exponer sus puntos de vista. Explicó claramente que la comisión permanente de la Asociación de Resistencia Cultural era la única organización capaz de dirigir toda la tarea de salvación y que debía funcionar constantemente como dirección central.

“Las masas son muy complejas, y hay mucho que hacer. Si nosotros no podemos fungir como guías, será muy peligroso, muy peligroso. En realidad, desde todos los puntos de

vista es indispensable que de aquí salga la dirección de la tarea. Nuestra carga es por demás agobiante, pero nosotros no tememos semejante obligación, y sabremos cargar con ella por más pesada que sea”.

Repitió varias veces la explicación de la importancia de la función de una dirección central, y después se puso el sombrero y se fue a asistir a un banquete. Todos los días estaba igual de ocupado. O se juntaba con el director general Liu, o se iba a una escuela a dar una conferencia, o alguna organización a inaugurar la reunión. Y muy especialmente, todos los días, si no lo invitaban a comer, él invitaba a alguien a comer.

Cada vez que me encontraba con la Sra. Hua Wei, se dedicaba a lamentar la suerte de su esposo. “Ay, de veras cómo sufre, tiene tanto trabajo que ni toma el tiempo de comer”.

“¿No podría reducir el número de sus ocupaciones y dedicarse a una sola actividad determinada?”, le pregunté.

“¿Cómo sería posible, si todas esas tareas necesitan su dirección?”.

Pero por fin el Sr. Hua Wei se llevó el gran susto. Varios miembros del sector femenino habían organizado una Sociedad para la Protección de la Infancia durante la Guerra, al fin de cuentas sin buscarlo a él. Cuando empezaron a llegarle rumores, se hizo traer a una persona que le estaba obligada.

“Estoy enterado de que ya eligieron su mesa directiva. Me parece que podrían agregarle todavía algunos miembros más, por ejemplo podríamos nombrar alguno de nuestra Asociación de Resistencia Cultural para participar”. Viendo que su interlocutor titubeaba, hizo una mueca de desagrado. “El problema es el siguiente: ¿pueden ustedes realmente llevar a cabo esta tarea? ¿Pueden ustedes garantizarme que entre sus miembros no se encuentra ningún traidor, ningún elemento indeseable? ¿Me pueden garantizar que después no habrá errores en su labor, que no habrá sabotaje? ¿Me lo pueden garantizar, sí o no? Si dicen que sí lo quiero por es-

crito ante la comisión permanente de la Asociación de Resistencia Cultural. Después, si por casualidad tienen problemas, ustedes serán los responsables”.

A continuación explicó que esto de ninguna manera era su propia opinión. Él sólo era un ejecutivo. Aquí picó a su interlocutor en el pecho con el índice. “Si no hacen lo que le acabo de explicar, habrán constituido una organización ilegal”.

Después de dos discusiones más de esta naturaleza, el Sr. Hua Wei fue electo miembro de la mesa directiva de la Asociación para la Protección de la Infancia durante la Guerra. Después, cuando se reunía la mesa directiva el Sr. Hua Wei, con el portafolios debajo del brazo, se presentaba durante cinco minutos, exponía uno o dos puntos de vista, y se largaba sentado en su *rickscha*.

Un día me invitó a cenar, según él, porque le habían enviado un jamón salado especial desde su pueblo natal. Cuando llegué a su casa estaba en pleno berrinche contra dos hombres con aspecto de estudiantes, que llevaban cada uno la insignia de la Asociación de Resistencia Cultural.

“¿Por qué no fueron ayer, por qué?”, gritaba enfurecido, “les dije que fueran y que se llevaran a varios más. Y cuando empecé mi discurso desde el estrado, ni siquiera ustedes habían ido a escuchar! ¡No entiendo, de veras, qué rayos estaban haciendo!”.

“Ayer, yo asistí a una reunión de la Mesa Redonda sobre el Asunto del Japón”.

El Sr. Hua Wei casi brincó de la rabia.

“¿Qué, qué? ¿Mesa redonda sobre el asunto de Japón? ¿Cómo es que no supe, por qué no me dijeron?”.

“Lo decidimos el mismo día en la reunión de la comisión permanente. Fui a buscar al Sr. Hua Wei, y no estaba en casa”.

“¡Basta, están obrando en secreto!”, les fijó una mirada furiosa. “Ahora me van a decir la verdad, qué es lo que está detrás de esta mesa redonda, díganme la verdad!”.

Su interlocutor también parecía encenderse.

“¿Cuál detrás? ¡Todos somos chinos! ¿Cómo que las decisiones de la comisión permanente se toman en secreto? Usted nunca llega a las reuniones, si está al principio, no se queda hasta el fin, si lo vamos a buscar no lo encontramos. No podemos paralizar las labores de la comisión a causa de usted!”.

“¡Desgraciados!”, le rechinaban los dientes y le temblaban los labios, “¡tengan cuidado!, tengan... tengan...” cayó sobre el sofá, torciendo la boca de amargura, “¡malditos!, ¡estos jóvenes...!”.

Cinco minutos después levantó la cabeza, y miró alrededor espantado. Las dos visitas ya se habían ido. Echó un bufido y me dijo.

“¡Ay!, ¿viste, viste? ¿Qué vamos a hacer con esta juventud de ahora... estos jóvenes?”. Esa noche bebió sin medirse, mascullando constantemente maldiciones contra aquellos jóvenes. Hizo añicos una taza, y por fin apoyado en Miss Huang subió a la cama. De repente entre un acceso de escalofrío, tartamudeó. “Hay una junta mañana a las 10...”.